

ALOCUCION

DE DON RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

Director de la Academia Colombiana, en la junta pública a honra de
MENÉNDEZ Y PELAYO

Al acordar la Academia Colombiana esta junta pública y solemne para honrar la memoria del varón excelso que se llamó en vida y se llamará siempre en la historia MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, no tributa homenaje a un extraño, no llora la muerte y canta las glorias de un sabio extranjero: MENÉNDEZ Y PELAYO era nuestro, más nuestro que muchos nacidos en suelo colombiano.

Treinta años ha, los mozos de entonces supimos de un joven español, de nuestra propia edad, nacido en las cántabras riberas y que había escalado de un golpe las más empinadas y sublimes cumbres del humano saber, y era juntamente gramático, lingüista y filólogo; historiador y crítico, bibliógrafo y literato, filósofo y hombre versado en teología. Nos decían que el escritor estaba a la altura del erudito y del sabio y que era dueño de una prosa tan rica como la de Pereda, limpia a par de la de Jovellanos, fresca como la de un muchacho de veinte años, salerosa cual compete a un español y tan natural y desenfadada como la del más ágil periodista. Al colmo llegó nuestro pasmo y sorpresa cuando hubimos a las manos y devorámos, mejor que leímos, los escritos de aquel novísimo monstruo de la naturaleza y fénix de los ingenios. La primera impresión fue de propia humillación y vergüenza, como la de César ante el sepulcro de Alejandro; vino en seguida el ansia de trillar, aunque a larguísima distancia, las huellas del portentoso manco, y cobrámos ánimo para emprenderla con los austeros estudios que, por habernos venido antes en obras de viejos, nos habían parecido incompatibles con nuestros pocos años.

Así aquel adolescente vino a ser, sin percatarse de su oficio, maestro de la juventud americana, con autoridad blanda y fácil de llevar, como la de una niña precoz que, huérfana a los doce años, toma las riendas de la casa y, después de amonestar y reñir con materna gravedad a los hermanitos menores, se pone a jugar con ellos al escondite o a la gallina ciega. A distancia como la que va de España a Colombia, el intercambio entre maestro y discípulos se realiza en géneros diversos: el preceptor da ciencia, ignorando quiénes hayan de recibirla, y los educandos devuelven admiración y cariño, aunque el maestro no haya de saberlo jamás. MENÉNDEZ nos prodigó su inteligencia, nosotros le entregámos nuestros corazones.

A poco volvimos los colombianos a quedar fallos y adeudados, porque el mago aquel, que todo lo sabía antes y mejor que nadie, resultó conociendo nuestra historia, nuestra literatura y nuestros hombres; enamorado de ellos, ansioso por sacarlos a luz en el viejo mundo, juzgándolos con criterio segurísimo y ensalzándolos con justiciera generosidad. Después de su sabiduría nos consagró sus afectos, y en él no era menor el corazón que el pensamiento soberano.

El académico que en breves momentos hará el panegírico de MENÉNDEZ Y PELAYO os dirá por qué nuestro Instituto lloró la muerte del egregio santanderino como duelo de las letras castellanas y de la estirpe latina. Permitidme una palabra sobre el luto de la madre Iglesia ante el sepulcro de su hijo dócil, de su brillante apologista. En medio del mundo meridional europeo, cuando se consideraban la nesciencia y la negación como señales inequívocas de talento y se llamaban avanza los los que habían retrocedido a las ideas y prácticas paganas, se irguió el hasta ayer ignoto estudiante recién salido de las aulas, y se proclamó a voz en grito "católico no nuevo ni viejo, sino católico a macha martillo, como sus padres y abuelos y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante

más que la presente," y a imagen de don Juan de Austria, quien, a penas reconocido príncipe de la sangre, empuñó el acero contra los enemigos de su fe y contó el número de las victorias por el de los combates, MENÉNDEZ Y PELAYO, no bien fue proclamado príncipe de la erudición española, embistió contra los heterodoxos de su tierra, desde los libeláticos del tercer siglo hasta los progresistas del siglo diez y nueve, sin omitir a ninguno, cualquiera que fuese la alcurnia de las personas o la calidad de los yerros. Allí protestantes oscuros como Alfonso Lincurio y Juan Calderón, al lado de los claros nombres literarios de Juan de Valdés y Blanco White; Emilio Castelar y Juan Valera (*mi dulcísimo Valera*, dice MENÉNDEZ), después de las brujas de Logroño. Aquel libro que se hubiera creído, como diría un libre pensador, escrito para carlistas fanáticos, e xaltados devotos o frailes trasnochados y ñoña clerigalla, fue leído, y gustado, y comentado y coronado de alabanzas por liberales y avanzados, por despreocupados ingenios, por elegantes cortesanos, por apóstoles de la república laical. Porque al lado de la confesión más absoluta de la fe, la obra encerraba tesoros de bibliográficas noticias, hechos históricos ignorados antes, retratos de personajes en que la pluma de MENÉNDEZ emuló unas veces el pincel de Velázquez y otras el de Goya; primores de crítica literaria, y portentos de estilo y milagros de lenguaje, y sales no indignas de Cervantes y Quevedo. *Los Heterodoxos* y otros libros más acerados aún que le siguieron, apretaron el nudo de la amistad que unió a MENÉNDEZ con Valera, Pérez Galdós y demás ingenios racionalistas de la Península. ¡Cuán cierto es que el cultivo de la belleza literaria ablanda los ánimos, fomenta la benevolencia, lima asperezas y acerca voluntades, aun entre los que rechazan, en la teoría o en la práctica, las enseñanzas de la caridad cristiana!

Unos apologistas hay que se encierran dentro de los sacros muros de la verdad revelada, tales un Balmes, un Nicolás, un Newman; y otros existen que se complacen en

merodear y combatir en el campo abierto que dejó Dios a las libres disputas de los hombres. Salen armados a la cristiana, ánsiosos por traer a los reales algún despojo arrebatado a los países limítrofes; aplican las reglas de su fe a los problemas humanos, aciertan o yerran, pero siempre con sinceridad incontestable. A este grupo pertenecen José de Maistre, Donoso Cortés, Miguel Antonio Caro, y en él se enroló a su aparición el grande español cuyo recuerdo nos congrega en este instante. Tanto más admiro a estos atrevidos combatientes, cuanto he llegado a pensar —ocioso pensamiento— que si yo hubiera sido apologista, no habría militado en sus filas, quizá por lo flaco de mi voluntad, o porque mi carácter repugna llegar a los extremos, o por lo que he leído en Santo Tomás, que la virtud se encuentra en el medio justo entre opuestos vicios, de donde he deducido, no sé si con razón, que en las ciencias humanas se halla la verdad entre contrarias extremadas doctrinas.

Diría de los apologistas de esta escuela que tienen gusto en proclamar las teorías que más pueden lastimar a su nación y a su época, si no me hubiera persuadido, al estudiarlos, de que proceden con ingenuidad grande, sin calcular los inmediatos resultados de su campaña. Se parecen a los niños y a los locos en lo de decir en alta voz cuanto piensan. En la frase que acabo de proferir, no hay vituperio sino elogio. Cristo nos quiso simples como niños, y San Pablo llama la práctica del Evangelio locura de la cruz. Dije que no prevén las consecuencias próximas de su esfuerzo; pero quizá columbran con la visión del genio el fruto que su semilla rendirá en las edades por venir. Muchas afirmaciones de José de Maistre o de Donoso Cortés leídas con mueca de burla por católicos de entonces han sido lujosamente comprobadas por los sucesos posteriores; otras han resultado falsas y vacías. En la era aparecen el grano y la paja, que el bieldo se encarga de apartar; pero la mole de tamo que resulta a un lado no hace desmerecer el rubio grano que colma las dilatadas trojes del padre de familias.

MENÉNDEZ defendió, no disculpó, la Inquisición española; sostuvo la superioridad de la casa de Austria sobre la de Borbón; afirmó que el reinado de Felipe V había sido decadencia en comparación del de Carlos II, *el hechizado*; probó la existencia de una *ciencia española*, rival de las mayores de Europa; renegó del clasicismo contrahecho y de pega de Boileau y Voltaire, de los Iriartes y Moratines, y maldijo el progreso ético moderno, que calificó de retroceso lastimoso.

La prueba de que MENÉNDEZ Y PELAYO no procedía por espíritu de cuerpo, sino por propio criterio personal, está en el hecho significativo de que, en vísperas de la encíclica *Æterni Patris*, cuando se estaba acentuando por modo *avulsador* (como él mismo dice), la resurrección tomista, se pronunciara, no en lo dogmático, no en lo teológico, sino en lo puramente filosófico, contra las enseñanzas de Santo Tomás, y recomendara, como doctrina salvadora para los españoles, el criticismo de Luis Vives. Harto me dolió no poder compartir esta sentencia del maestro; pero no me creí por eso infiel a la tradición española, para mí representada por Domingo de Soto, Francisco Victoria y Melchor Cano, lumbreras de la escuela tomística.

A semejanza de Julio Arboleda, que peleaba a un tiempo contra los adversarios internos y contra los enemigos exteriores, nuestro MENÉNDEZ pugnaba con Revilla y con Perojo, y sostenía los ataques, después de recibir la lluvia de flores, del Padre Fonseca y de Pidal y Mon. Sobrevino entonces la paternal advertencia de León XIII para que se pusieran a un lado cuestiones de secundaria importancia y se enderezasen los esfuerzos a la defensa de la verdad revelada. MENÉNDEZ calló, como era su deber, y en lo sucesivo se dedicó a lo literario, científico e histórico. Hizo bien. Laudable es sobre todo elogio que los católicos laicos contribuyan a la defensa de la verdad que profesan, pero como soldados, no en calidad de capitanes. No hay genio, por sublime que sea, capaz de reemplazar la autoridad doctrinal de los ministros de Dios.

No por eso dejó MENÉNDEZ Y PELAYO de servir a la Iglesia. Todos sus escritos respiran espíritu católico, arden en él. ¡Cuántas veces es superior la sugestión a la enseñanza, una frase incidente a un libro entero! Los entendimientos romos no temen la saeta silenciosa que traspasa el corazón sin verter una gota de sangre, y sí la pedrada que descalabra la cabeza, y se cura con unas telarañas! En el Congreso Eucarístico de Madrid pronunció MENÉNDEZ un discurso sobre el Santísimo Sacramento, salido no de la inteligencia, sino del corazón; y en el prólogo de la nueva edición de sus *Heterodoxos españoles*, monumento supremo de su sabiduría, se confiesa *hijo sumiso de la Iglesia*, y se disculpa de citar testimonios de escritores protestantes en favor de nuestra fe sagrada!

La noticia de la muerte de MENÉNDEZ Y PELAYO coincidió, con pocos días de diferencia, con la nueva del naufragio del *Titanic*, el mayor barco que hasta hoy habían construido los hombres. Los diarios de uno y otro continente han comentado la ruina de la fábrica portentosa. Castigo del cielo a la soberbia humana!, han clamado los únos; fatalidad!, han dicho otros; causas naturales!, han opinado los de más allá. Soy cristiano, creo en la Providencia que se vale de las causas corpóreas para altísimos fines del orden moral. La fatalidad es la respuesta de los que no saben qué responder. Las catástrofes físicas pueden ser premio o castigo; las felicidades temporales lo mismo son sanción que recompensa:

Ni todo goce es bendición del cielo,
Ni toda pena es maldición de Dios.

El Viernes Santo fue la salvación del ladrón bueno, la condenación de Judas; la renovación del universo, la reprobación del pueblo judío. ¡Cuántos se salvarían por el arrepentimiento en el naufragio del *Titanic*, que sin eso hubieran muerto olvidados de Dios!

El fallecimiento de MENÉNDEZ fue la corona de esa alma que "confesó a Cristo delante de los hombres"; fue acaso

castigo a España oficial, renuente a la autoridad de Cristo. El hundimiento del *Titanic*, la muerte del mayor ornamento de la raza española, tal vez de la gente latina, son lecciones elocuentísimas de que “el hombre se marchita como el heno, y la gloria del Señor permanece eternamente.”

DISCURSO

EN ELOGIO DE DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

PRONUNCIADO ANTE LA ACADEMIA COLOMBIANA

EL DÍA 30 DE JUNIO DE 1912

POR ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Señores Académicos :

Este discurso no necesita preámbulo. MENÉNDEZ Y PELAYO ha muerto, y la Academia Colombiana ha querido asociarse al duelo universal. Y toca hacer el elogio del grande hombre al más humilde de los que oyeron sus lecciones en la cátedra ; á quien tuvo por él el más respetuoso cariño y la más profunda de las admiraciones de su vida ; y que hace pocos días, cuando supo la noticia de la muerte inesperada del maestro, sintió en el alma la invasión de las sombras de la noche ; y la impresión de frío que producen las ráfagas inclementes del invierno. El sol ha sufrido eclipse en los dominios espirituales de Castilla : aprovechemos estos momentos en que la penumbra convida a la meditación, para valorar la pérdida que hemos hecho ; para honrar la memoria del muerto, dando gracias a Dios, que creó esa naturaleza espléndida para orgullo de nuestra raza, y rindiendo homenaje de humildad a su inescrutable Providencia, que lo mismo que se lo dio al mundo se lo arrebató, sin dejarnos columbrar ni cómo se produjo aquel milagro de precocidad y pasmo de talento ; ni por qué se extinguió tan pronto aquel sér en quien la mano creadora había parecido hacer derroche de sus más altos dones.